

## LAS HERMANAS MACABRAS

En Mina Escondida, los destinos de Samuel y Rosaura se cruzaron por primera vez una mañana en que él iba camino a la mina, un trabajo que mantenía su enorme cuerpo embrutecido y sucio aunque se limpiara cien veces; y ella, camino de la Biblioteca, un trabajo que enriquecía su interés por la cultura. Samuel no reparó en los largos cabellos rubios, los ojos celeste cielo, la piel tan blanca que hasta la nieve le tenía envidia. Sólo le atrajeron sus labios rosados y pálidos.

Rosaura se casó con él para tapar la vergüenza de aquella noche en que borracho Samuel violó su casa y su persona.

Su esposo la recluyó al encierro y a la servidumbre. Abusador y violento aún cuando el embarazo no le permitía atenderlo como él quería. A veces, ella reparaba su sufrimiento bordando las cortinas o leyendo nuevamente algunos libros que había podido esconder.

Más de una vez tuvo que acudir al hospital para curar sus heridas, pero jamás hizo denuncias.

La noche del parto, Rosaura estaba sola, dolorida, bajo la lluvia intensa empujada por los vientos caminó hacia el hospital, pero nunca llegó. Los vecinos la encontraron por la mañana, desplomada en la calle y con dos criaturas sobre su vientre, unidas por el cordón umbilical. Así fue el nacimiento de estas hermanas.

Cuando lo anoticiaron a Samuel del macabro hallazgo, no dijo nada, le dio sepultura a su esposa y miró con desprecio a sus hijas, nunca había sentido amor mientras estaban en el vientre de la madre y tampoco lo sintió en ese momento, sencillamente, no las quería. Solo las cargó en sus brazos, entró al asilo de los locos y se las entregó a Susana, la enfermera. Antes de irse para siempre le pidió que jamás lo molestaran.

Susana era una mujer baja, regordeta, de manos cortas y dedos gruesos, ojos saltones que provocaban miedo. Tenía una voz gruesa y profunda, de ultratumba, monocorde. Crió a las niñas sin besos ni abrazos y para que se durmieran contaba historias aberrantes de espíritus enloquecidos y atormentados

Mientras crecían sus rostros iban adquiriendo un aspecto fantasmagórico, heredaron los cabellos largos y rubios de su madre, pero lo llevaban desordenados y sucios; sus ropas, batones largos y sin formas de colores grises, negros y desteñidos, que Susana cosía de las batas que se descartaban de los pacientes dados de alta.

Los ojos de ambas eran celestes, sin vida, sin expresión, y al igual que Susana, despertaban sensaciones no agradables a las personas que se acercaban a ellas. Eran extremadamente delgadas, pálidas, nunca reían, hablaban lo justo y necesario.

Cuando llegó la edad escolar, no fue por mucho tiempo que permanecieron escolarizadas, por lo que los conocimientos que habían adquirido fueron mínimos. Susana las retiró luego de que Luis, un niño de la escuela, osó junto a otros niños, reírse y burlarse de Angustia, un día que la niña no pudo llegar a tiempo al baño y se orinó encima. Martirio tomó a su hermana de la mano, le ayudó a cambiarse de ropa y se pusieron a jugar como si nada hubiera pasado... Lo último que se supo de Luis fue que apareció tirado en la vereda con cuatro costillas rotas, varios dientes averiados y una pierna quebrada.

La niñez fue pasando y llegó la adolescencia. Todas las chicas de su edad salían a fiestas, pero Angustia y Martirio nunca fueron invitadas

Una tarde, en un incipiente comienzo del verano, cuando comenzaban a florecer los naranjos de la calle y el aire olía a azahares, llegó al asilo un joven psiquiatra, Pablo Ramírez Alcorta, recién recibido.

-Buenas tardes... -dijeron a dúo Angustia y Martirio

-Buenas tardes, me llamo...

-Sí, ya sabemos cómo se llama, lo estábamos esperando.

Intimidado por la mirada de estas extrañas, trató de mostrarse natural. Después de todo él había estudiado para atender pacientes de este tipo.

Martirio lo condujo a lo que sería su dormitorio, una pieza que daba al patio interno del hospital pintada en color crema, con una cama en el centro y un escritorio al costado de la ventana.

Algo se había despertado en Angustia cuando estrechó la mano del médico. Algo que no le desagradó y que por primera vez la hizo sentir bien.

Los pacientes comenzaron a relacionarse gustosos con Pablo pues disfrutaban de sus tratamientos sin padecer dolor como con Susana; trayendo esto dificultades entre ambos. Martirio asentía lo que su madrastra decía, y a diferencia de Angustia algo en él no le gustaba pero tampoco sabía explicar qué era.

El domingo, como de costumbre, fueron a misa: pero ese domingo, en especial, Angustia había cambiado de atuendo, estrenando un vestido rosado, atado en el canesú con un hermoso moño; había sujetado su cabello con una trenza y colocado flores pequeñas en toda su cabeza. Sus labios de ser pálidos y secos pasaron a estar húmedos y brillantes, y olía a agua de rosas.

Cuando Pablo la vio quedó gratamente sorprendido, y pudo percibir que era una criatura muy hermosa, y que el color de sus ojos le sentaba muy bien con el blanco de su piel y el rubio plateado de sus cabellos.

Susana y Martirio cruzaron miradas de desaprobación, diciéndole que parecía una mujer barata buscando y provocando hombres. Angustia no las escuchó.

Las conversaciones, las largas caminatas alrededor del pequeño parque del hospital, las clases en privado que Pablo le daba a Angustia para enseñarle a leer y a escribir se fueron continuando día a día hasta que la adolescente comenzó a ser

otra persona y, poco a poco, las chicas de su edad se fueron acercando a conversar e intercambiar cintas de colores que ella enredaba en su trenza.

Proporcional al cambio positivo de Angustia era la transformación negativa de Martirio, a su eterno mal humor se sumaron la agresividad y el encierro. Ya no encontraba atractivo escuchar la palabra de Dios. Sus ojos iban adquiriendo una chispa diferente, no de amor sino de odio y enojo contenido. Criticaba duramente a su hermana, le decía que terminaría como su madre, embarazada, abandonada y tirada en medio de la calle. A Angustia no le intimidaban las miradas desaprobadoras de Susana ni las palabras de su hermana. Sentía que por primera vez alguien reparaba en ella.

Fue en la cena navideña, cuando anunció su compromiso con Pablo. Lo último que vio fueron las caras enloquecidas de las dos mujeres, los cubiertos comenzaron a volar, al igual que los manteles y los vasos; el exquisito pavo terminó en las fauces de los perros que rondaban el hospital, todo el hermoso decorado, preparado por Angustia, y los internos que la ayudaron, había quedado destruido y arrastrado por el piso. El compromiso no se deshizo. Y nadie comentó nunca nada más de eso.

El doctor Pablo Ramírez Alcorta decidió alejarse porque comprendió que quedarse era poner en riesgo su vida. Desde el primer momento que posó sus ojos en Angustia y se convenció de que lo que sentía era algo serio, sabía que sus días en el hospital psiquiátrico estaban contados. Había comenzado a recibir llamadas intimidatorias, notas con mensajes de muerte por debajo de la puerta de su apartamento y sabía perfectamente quienes se los mandaban. Por otra parte no soportaba ver el maltrato continuo que Susana le provocaba a su prometida.

Ninguna de las dos mujeres de la casa ayudó a Angustia a elegir el vestido de novia ni tampoco con los preparativos de la boda.

Una de las internas le ayudó a coser un hermoso vestido hecho con cortinas antiguas que habían encontrado en un armario. Con flores naturales le hicieron una corona entretejida en sus cabellos. Un toque de brillo rosa cubría sus labios y en la mano llevaba un ramito de nomeolvides y jazmines. Pablo había decidido usar un traje color marrón, y para estar armonizado con su novia llevaba también nomeolvides en la solapa del saco.

La iglesia María de la Misericordia había sido la elegida por ser pequeña y sencilla. Las lámparas que pendían del techo hacían resplandecer los cristales de sus candiles especialmente. En el entretecho, junto al órgano, se ubicaron con cuidado –por lo antiguo del piso- los internos que cantarían el Ave María.

La puerta se abrió, Angustia entró sosteniendo su ramito entre las manos y se encaminó hacia Pablo; fue en ese momento cuando una lámpara se desplomó estrepitosamente sobre la cabeza del novio abriéndola como fruta fresca, haciéndolo caer sobre la alfombra roja que se confundía con el color de la sangre que lentamente se desparramaba, nadie se movió, todos quedaron absortos,

aterrados. De pronto los locos del coro comenzaron a gritar y saltar mientras se golpeaban la cabeza, otros corrían por los bancos y chapoteaban en la sangre.

Angustia corrió hacia su amado pero nada podía hacer, tomó a Pablo en sus brazos, lo sostuvo colocando su cabeza contra su pecho acunándolo como si fuera un niño.

Sus ojos se fueron apagando como antes, comenzó a arrancarse las flores del pelo y desarmó su trenza dando nuevamente a sus cabellos el aspecto opaco y desaliñado. Buscó la mirada de su hermana y su madrastra pero no encontró más que esa frialdad que parecía decirle: "te lo advertimos".

Martirio y Susana se tomaron del brazo y se encaminaron hacia la puerta principal, fue en ese momento cuando el entretecho se derrumbó sobre ellas. Todo el peso de los locos y el órgano, se descargó sobre las dos mujeres que no pudieron escapar. Angustia, todavía con Pablo entre sus brazos se quedó rodeada de tragedia y de locos enardecidos que destrozaban todo a su paso.